

Nuestro cinema

Título:

Mi posición de 1925 ante el cinema español

Autor/es:

Serrano, Alfredo

Citar como:

Serrano, A. (1932). Mi posición de 1925 ante el cinema español. Nuestro cinema. (6):180-181.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42821>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Mi posición de 1925 ante el Cinema Español

ACLARACIONES A UNOS COMENTARIOS SOBRE UN LIBRO

A continuación ofrecemos a nuestros lectores este artículo — anunciado en nuestro número anterior — de Alfredo Serrano, provocado por nuestros comentarios a su libro, en el capítulo tercero de este «Panorama del Cinema Hispánico».

J. P.

Soy, evidentemente, y casi no es necesario que yo lo haga constar, una de las personas que en el campo de la crítica y del estudio técnico se han venido ocupando desde hace tiempo — empecé a escribir sobre el cinematógrafo, si mal no recuerdo, en 1918 — de los problemas, defectos y perfecciones acusados por el espectáculo del cinema. Mi libro crítico *Las películas españolas* ofrece hoy, si algún mérito es capaz de contener, el de haber sido en España el primero en publicarse tratando «en serio» de ese formidable arte moderno que representa la pantalla y en el que hasta hace muy pocos años lo frívolo, lo pueril, lo simplemente anecdótico y caprichoso absorbía todo el interés público en detrimento naturalmente de los valores positivos de construcción, de ideas y de formas que constituyen su fuerza. Me refiero, como es lógico suponer, en los medios espectadores, no en los técnicos. Pero el hecho de resultar uno de los periodistas más antiguos en la materia que me ocupa no me exime de aceptar en toda su integridad el sentido nato de la evolución, y más aún tratándose de un arte como el del cinematógrafo cuyo dinamismo es extraordinario y cuyos pasos de gigante supe ver desde el primer día en que me consagré de lleno a su estudio. Y así se da el caso de mantener en mi libro, en 1925, opiniones que luego, cuatro, cinco o seis años más tarde, habían de hallarse en franca contraposición con las que las nuevas circunstancias me marcaban.

Fustiga mi excesivo optimismo de entonces en su *Panorama del Cinema hispánico* mi admirado amigo el inteligente cineasta y periodista don Juan Piqueras, censura que yo no quiero silenciar acogiéndome a la exquisita atención que el director de NUESTRO CINEMA demuestra para con todos los que a él se acercan. Amparado en esa bella cualidad me he permitido iniciar el presente artículo que ha de permitirme la aclaración que me corresponde hacer sobre los extremos que concretamente a mí se refieren en el magnífico trabajo de Piqueras.

Conviene siempre no echar en saco roto y más todavía en obras de crítica o análisis de artes jóvenes, la fecha de publicación del libro acerca del que va luego a trazarse algún comentario. En 1925, es cierto que Abel Gance — hoy valor poco menos que perdido — y el mago Griffith — también eclipsado ya — habían dado al cinema algunas obras maestras especialmente en lo que hace referencia a la realización. Pero no es menos cierto que el medio en nuestra cinematografía — de impresión aún a base de luz solar y decorado de teatro — estaba tan atrasado que un intento, siquiera fuese superficial, «a lo Griffith», no podía esperarse en modo alguno de unos directores sin ninguna base sólida y sin la experiencia de haber convivido en los grandes centros de producción de América o de Europa.

No me deslumbraron, pues, los éxitos comerciales de Buchs, como escribe Piqueras. Lo que me sucedió en aquel entonces, aun estando al corriente de

Frente al gesto sereno y natural de Wallace Beery, la caricatura grotesca y anticinematográfica de Juan de Landa, su «doble» español en «El presidio». Foto: M. G. M.



todo lo que se editaba en el extranjero, fué que, dado el ambiente pobre y de atraso de nuestro cinema catalán, la aparición de los primeros films de Madrid me revelaron un progreso muy digno de tenerse en cuenta y de apoyarse. Y en estos films fué precisamente Buchs quien mayor talento acusó. Él fué el que introdujo en nuestras películas los decorados que pudiéramos llamar «de cine» en substitución de los que se habían venido usando y que se construían lo mismo que para un teatro. A Buchs se debe el sistema de irse apartando de los lugares reales para concretarse a trabajar los exteriores dentro del estudio a base de decorado a propósito, adaptándose así a las corrientes de fuera. Esto y el buen partido obtenido de artistas neófitos casi siempre, me hicieron justamente concebir esperanzas sobre Buchs, esperanzas que no tardaron en desvanecerse cuando vi que se estancaba en sus procedimientos iniciales. Hay también algo más que movió mi pluma a elogiar y a esparcer un amplio chorro de optimismo sobre la producción española de 1925, y es la evidente necesidad de contribuir en aquel instante crítico de nuestra industria cinematográfica, a su mayor desarrollo callando aquellos defectillos que no constituían un algo oprobioso y que forzosamente irían bien pronto borrándose ante la natural evolución que los directores tendrían que sufrir.

Buena prueba de todo lo que cito la tiene mi admirado Piqueras, en mi actuación desde mi semanario *La Semana Cinematográfica*, de Madrid, tres o cuatro años después. Fué en sus columnas donde censuré enérgicamente la obra de Buchs y de todos nuestros directores que no han sabido evolucionar, contribuyendo—claro que sin mala fe alguna—al hundimiento completo de nuestra cinematografía. Juzgué entonces, y ahora, que estos elementos, demasiado ligados al teatro, unos por haber sido actores, otros por convivir en sus medios artísticos, no tuvieron desde el principio la sensación exacta de lo que era el cinema. Y así relegaron a un lado múltiples factores de extraordinaria importancia cuando se sabe qué papel juegan y cómo deben ser utilizados. Así la luz, la cámara, el movimiento, el impresionismo, los diferentes matices desprendidos de la idea plasmada...

El paralelismo entre crítica y producción a que se refiere Juan Piqueras al hablar nuevamente de mis optimismos, se vino abajo en cuanto los productores no supieron mantenerse a la altura de las circunstancias. El propio público rechazó de plano la producción y yo no iba a ser menos que el público, máxime cuando mucho antes de que este hecho se produjera, lo presentí. Otros críticos siguieron por el mismo camino emprendido. Pero ya hubo menos unanimidad en la crítica. Y así se pasó a la época de los momentos de hoy. Momentos muy tristes para nuestro cinematógrafo, porque, en primer lugar, no pueden ser producto ni reflejo de la aguda crisis del cinema extranjero, puesto que no existe el nuestro, en realidad, y segundo, porque ellos ponen en evidencia la estrechez de miras y la incapacidad de nuestros medios de los negocios. Hoy que el cinematógrafo se ha nacionalizado con la innovación del sonido y de la palabra, perdiendo el sentido universalista que tenía, los horizontes abiertos a los productores españoles son, sin duda, formidables ya que para nosotros esa nacionalización no se encierra en los límites de nuestro territorio, sino que abarca a veinte pueblos que hablan el mismo idioma.

Sigo creyendo que donde haya una idea y un aparato tomavistas puede haber una película. Si en España hubiera directores o realizadores, como quiera llamárseles, tendríamos producción a pesar de las dificultades que en el orden financiero ha creado la sonoridad. El cinema no es problema de dinero sino de genio. Los films rusos lo demuestran de forma indubitable.

Y quédese ya para otro día el trazar una opinión extensa sobre el moderno cinematógrafo, siempre acogiéndome a la exquisita benevolencia del director de NUESTRO CINEMA, toda vez que el único objeto perseguido al escribir estas líneas no era otro que el de justificar mi posición del año 1925 frente a la producción española de entonces.

Madrid, septiembre 1932.

A L F R E D O S E R R A N O